

ASPECTOS SOCIALES DE LA VIDA MORAL

(II)

La vida moral cristiana se orienta a la extensión en la tierra del reino de Cristo: *«reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz»*¹. Un reino en el cual la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios². Deben, por tanto, los fieles conocer la íntima naturaleza de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios. También en las ocupaciones seculares deben ayudarse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz³.

La contribución a esta tarea de santificación de la sociedad y de las personas con las que se convive, es fruto natural, espontáneo, del esfuerzo por vivir el mensaje evangélico con todas sus consecuencias. Un cristiano no necesita de otros motivos que el de la gloria de Dios, para poner inmediatamente su vida al servicio de los demás, cumpliendo su personal vocación dentro del ámbito social. Sin embargo, necesita conocer el verdadero significado de la sociedad, y las implicaciones morales que se derivan de la comunidad de origen, de naturaleza y de fin con sus semejantes, con quienes comparte los mismos afanes e ilusiones.

IGUALDAD RADICAL Y PLURALISMO EN LA SOCIEDAD

Entre los hombres hay una igualdad fundamental, *porque todos*

(1) *Misal Romano, Prefacio de Cristo Rey*;

(2) Cfr. *Rom.* VIII, 21;

(3) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 36;

ellos, dotados de alma racional y creados a imagen y semejanza de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y de idéntico destino⁴.

Esta condición común a todos los hombres es la base de su igual dignidad. *Nadie es más que otro, ¡ninguno! ¡Todos somos iguales!*, decía el Padre durante su primer viaje a México, en una tertulia con campesinos en Montefalco; y añadía: *cada uno de nosotros valemos lo mismo, valemos la sangre de Cristo. Fijáos qué maravilla. Porque no hay razas, no hay lenguas; no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios.*

Consecuencia de esa igualdad radical en la sociedad de los hombres, y de su común dignidad, es que *toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona, ya sea social y cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser vencida y eliminada por ser contraria al plan divino*⁵.

La misma igualdad fundamental exige reconocer y proteger una serie de derechos universales e inviolables de la persona humana, a los que lógicamente corresponde también la exigencia de unos deberes, que alcanzan a todo individuo, aunque en mayor o menor grado según la posición y las funciones que se tengan dentro de la sociedad. Así, concretamente, *es necesario que se facilite al hombre todo lo que éste necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada, y a la justa libertad también en materia religiosa*⁶.

Es necesario practicar y enseñar estas obligaciones, que sólo la doctrina católica lleva a realzar en toda su hondura y trascendencia. *En verdad, es lamentable* —deplora la Iglesia en el Concilio Vaticano II— *que los derechos fundamentales de la persona no estén todavía protegidos en la forma debida por todas partes... Más aún, aunque existen diversidades justas entre los hombres, sin embargo, la igual dignidad de la persona exige que se llegue a una situación social más humana y más justa. Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos*

(4) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 29; (5) *Ibid.*; (6) *Ibid.*, n. 26;

de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional⁷.

Por otra parte, es evidente que no todos los hombres son iguales en lo que toca a la capacidad física y a las cualidades intelectuales y morales⁸; de ahí que junto a esa igualdad radical de todos los hombres, hay que tener en cuenta una diversidad, que no es algo meramente casual, sino que entra también en los planes de la providencia divina, y es determinante, a su vez, del progreso social.

La dimensión social de la vida humana necesita de un orden, que facilite a todos la consecución de su propio fin, dentro de la sociedad. Este orden no consiste sólo en la simple unión de partes —de las contribuciones humanas— sino en la *actuación, cada vez más perfecta, de una auténtica unidad interior. Unidad que no excluye las diferencias entre los hombres, fundadas y sancionadas efectivamente por la voluntad del Creador o por normas sobrenaturales*⁹.

Una concepción de la sociedad que se propusiera eliminar, no las diferencias injustas entre los hombres, que deben ser subsanadas, sino las diferencias legítimas —individuales y sociales—, que caracterizan a las personas, sería tan errónea como la que quisiera mantener injustas diferencias; traicionaría el fin y la naturaleza de la vida personal y social, contradiciendo *la voluntad de Dios, que no sólo respeta sino que ha creado nuestras personalidades y nuestras inclinaciones, diversas las unas de las otras; que quiere que el hombre crezca y madure ejerciendo su libertad, que desea que la historia humana recorra su camino*¹⁰.

Las diferencias entre los hombres —de inteligencia, de carácter, de cultura, etc.—, al ser consideradas naturalmente no pueden juzgarse como simples condicionantes, que modifican la actividad de una persona, e incluso su misma responsabilidad. Esas diferencias forman parte también de la vocación que cada uno ha recibido de Dios, y por tanto, tienen en sí un profundo significado moral; en lo que tengan de deficiencia, han de ser mejoradas; en lo que tienen, en cambio, de positivo, de peculiar y característico, han de desarrollarse y ponerse también al servicio de los demás. De aquí que todos los cristianos *deban tener conciencia de la vocación particular y propia que les co-*

(7) *Ibid.*, n. 29;
(8) *Ibid.*;

(9) Pío XII, *Radiomensaje de Navidad*, 1942;
(10) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 52;

responde en la comunidad política. En virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de responsabilidad y de servicio al bien común ¹¹.

ORDENACIÓN A LA SOCIEDAD Y ORDENACIÓN A DIOS

Desde el punto de vista cristiano, hablar de la naturaleza social del hombre y de su necesaria ordenación al bien de la comunidad, significa poner de manifiesto que la vida de cada persona ha de estar necesariamente orientada a servir a los demás por amor a Dios, *en un orden social que hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por el amor* ¹².

La vida cristiana, siendo una existencia personal, vivida cara a Dios, con una plenitud de libertad y responsabilidad que rechaza todo anonimato, no es sin embargo una existencia aislada; no lo es ni en su origen, ni en su desarrollo, ni en la plenitud de su término. Es, por su propia naturaleza, la negación del egoísmo, y está en todo momento impregnada de un profundo sentido de caridad fraterna, de amor a los demás, porque son también hijos de Dios y hermanos nuestros. De otro modo no es conforme a la moral, y no tiende adecuadamente a Dios, su verdadero y último fin.

El alma cristiana, con la luz de la fe y animada por la caridad, es llevada a comprender mejor la hondura y el significado, también sobrenatural, de las relaciones que fundamentan la unidad de todos los individuos: porque todos son criaturas respecto a su Creador, hermanos en Aquel que es *Primogénito entre muchos hermanos* ¹³, Jesucristo, e hijos del *único Padre de todos, el cual es sobre todos y gobierna todas las cosas y habita en todos nosotros* ¹⁴.

Por otra parte, el cristiano no puede caer en el error de afirmar que el fin propio del hombre en la tierra es exclusivamente social, o que la sociedad es el fin de sí misma, y el hombre no tiene que esperar otra vida más que la que termina aquí abajo ¹⁵. La responsabilidad de cada individuo frente a los demás afecta al hombre entero, pero no a toda su actividad; la sociedad no ha sido por naturaleza instituida para que el hombre la busque como fin, sino para que en ella y por ella

(11) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 75;

(12) *Ibid.*, n. 26;

(13) *Rom.* VIII, 29;

(14) *Ephes.* IV, 6;

(15) Pío XII, Radiomensaje en el cincuentenario de la encíclica *Rerum novarum*, 1-VI-1941;

posea medios eficaces para su propia perfección¹⁶. El servicio a la comunidad por sí solo no basta para dar plenitud de sentido a la propia vida; únicamente cuando ese servicio se ordena a la gloria de Dios, y con ella al bien de las almas, alcanza su completo significado moral.

El Creador quiere la sociedad como medio para el pleno desenvolvimiento de las facultades individuales y sociales. El hombre tiene que valerse de ellas, unas veces dando, otras recibiendo, para conseguir el bien propio y el de los demás. Hasta aquellos valores más universales y más altos que solamente pueden ser realizados por la sociedad, y no por el individuo aisladamente, por voluntad del Creador tienen como fin último el hombre entero, en su ser natural y sobrenatural. El que se aparte de este orden conmueve los pilares en que se asienta la sociedad, y pone en peligro su tranquilidad, seguridad y existencia¹⁷.

Se equivocaría también quien planteara las relaciones con la sociedad como una realidad opuesta al fin del individuo, e incluso como un obstáculo para el bien personal de éste. Al defender la primacía de la persona, el Magisterio de la Iglesia protege también a la misma sociedad; y al recordar a los hombres sus obligaciones sociales, les facilita su bien y su perfección personales. Pues el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, que por su misma naturaleza tiene absoluta necesidad de la vida social. Esta no es, por tanto, para el hombre, una sobrecarga accidental¹⁸.

La perfecta correspondencia entre el bien personal y el bien de la comunidad se dará solamente en el cielo. La vida eterna —enseña Santo Tomás—, además de consistir en la visión de Dios, en la suma alabanza, en la perfecta seguridad, consiste también en la gozosa sociedad de todos los bienaventurados; sociedad que será felicísima en grado máximo, porque cada uno amará al otro como a sí mismo, y por consiguiente se alegrará del bien del otro como del suyo propio¹⁹.

CARÁCTER FUNDAMENTALMENTE PERSONAL DE LA MORALIDAD

Al poner de relieve las lógicas y profundas consecuencias que

(16) León XIII, enc. *Sapientiae christianae*, 10-1-1890;

(17) Pío XII, enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937;

(18) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 25;

(19) Santo Tomás, *In Symb. Apost.*, a. 12;

se derivan de la naturaleza social de la persona humana, es necesario tener presente el carácter fundamentalmente personal de la moralidad. *Sólo el hombre, la persona, y no la colectividad en sí, está dotado de razón y de voluntad moralmente libre* ²⁰.

De hecho, únicamente mediante la conciencia personal —que es insustituible en cada alma— adquiere fuerza obligatoria interior la ley moral, sea natural o revelada. La conciencia es *la facultad espiritual que en cada caso particular orienta a la voluntad para que ésta escoja y determine los actos que son conformes al querer divino* ²¹. Es la norma próxima e inmediata de moralidad para el actuar humano, *porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia será juzgado personalmente* ²².

Esto mismo hace comprender que *la conciencia puede y debe ser educada* ²³, pues la norma de la decisión última y personal para una acción moral está tomada de la palabra y de la voluntad de Cristo. El es, en efecto, camino, verdad y vida, no sólo para los hombres tomados en su conjunto, sino también para cada uno de ellos en particular ²⁴.

La conciencia, que es siempre estrictamente personal e intransferible ²⁵, no es, sin embargo —contra lo que afirman los heraldos de una ética nueva—, autónoma e incommunicable ²⁶. El cristiano debe asumir el grave y grande cometido de hacer valer en su vida personal, en su vida profesional y en la vida social y pública, en cuanto de él dependa, la verdad, el espíritu y la ley de Cristo. Esta es la moral católica, la cual deja un vasto campo a la iniciativa y a la responsabilidad personal del cristiano ²⁷.

Sin perder objetividad, universalidad, trascendencia y sentido comunitario, la moral cristiana es siempre personal: afirma y defiende la responsabilidad de cada persona —único sujeto capaz de moralidad—, y con ella su libertad. Sólo la persona humana está llamada a la visión y posesión de Dios, a conocerle y amarle. Y es ése el fin último del hombre, cuya vida terrena es itinerante: es un camino.

Hace ya muchos siglos, la Iglesia rechazó los errores de quienes

(20) Pio XI, enc. *Divini Redemptoris*, 19-III-1937;

(21) Pio XII, *Radiomensaje sobre la formación de la conciencia cristiana en los jóvenes*, 23-III-1952;

(22) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 16; Cfr. *Rom.* II, 15-16;

(23) Pio XII, *Radiomensaje sobre la formación*

de la conciencia cristiana en los jóvenes, 23-III-1952;

(24) *Ibid.*;

(25) Cfr. *Ibid.*; Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 16;

(26) Cfr. Pio XII, *Discurso al Congreso internacional de la Federación mundial de juventudes femeninas católicas*, 18-IV-1952;

(27) *Ibid.*;

sostenían que el alma, por ser espiritual, debería ser única —identificada con Dios—, o común a todos los hombres. Estos errores, a la vez que negaban una verdad fundamental —la creación del alma de cada hombre por Dios— destruían el fundamento de la moral personal y de la responsabilidad individual de las propias acciones.

Contra ese error, el Magisterio recordó que *el alma humana no es parte de Dios, sino que fue creada de la nada*²⁸, existe en cada individuo como distinta de todas las demás, puesto que no es un espíritu común a todos los hombres, sino un principio individual que Dios infunde en cada cuerpo²⁹.

Después de doctrinas panteístas o monistas de diversa especie, desde hace un siglo el materialismo marxista ha radicalizado aún más esta concepción errónea, reduciendo al individuo a la simple condición de parte de un todo material que se desarrolla. Toda la historia quedaría así reducida a una pura evolución, regida por un ciego impulso necesario. Resulta evidente que una concepción semejante no puede aceptar en el terreno moral una verdadera responsabilidad personal.

Frente a estos errores es preciso afirmar que cada hombre tiene su propia alma, singular e irrepetible, de igual modo que diferente de los demás es el cuerpo que ella informa³⁰, y cada hombre puede y debe tener una relación directa e inmediata con Dios.

Ciertamente, no puede olvidarse la solidaridad de todo el género humano en su Cabeza, tanto para afirmar debidamente el misterio del origen del pecado, como el de la salvación redentora. En efecto, de esa solidaridad se sigue que cada uno de los nacidos de la semilla de Adán —con excepción de la Bienaventurada Virgen María³¹— son concebidos con el pecado cometido por aquel primer hombre, que siendo por su origen un solo pecado, *es transmitido a todos por propagación, y está como propio en cada uno*³²; y así también, todos los renacidos en Cristo por el bautismo, reciben la gracia que les hace justos, por mérito de la pasión de este segundo Adán, Cabeza de su Cuerpo Místico, Jesucristo Salvador nuestro³³, en el seno y formando parte de la Iglesia.

(28) San León IX, epist. *Congratulamur vehementer*, 13-IV-1053, D. 348 (685);

(29) Cfr. Concilio V de Letrán, bula *Apostolici regiminis*, D. 738 (1440);

(30) Cfr. «Naturaleza del hombre», pp. 54 ss;

(31) Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515);

(32) *Ibid.*, can. 3, D. 790 (1513);

(33) Cfr. *Ibid.*, decr. *De iustificatione*, cap. 3, D. 795 (1523); Pío XII, enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943;

Junto a esto, hay que tener en cuenta que de la radical individualidad de la criatura humana, fundamento de su relación personal con Dios, y de la intransferible responsabilidad de las propias acciones, nace el título del mérito o de la culpa moral personal.

Este pecado personal, también por la solidaridad humana, puede afectar a otros, en razón de sus consecuencias, aumentando en mayor o menor grado los males de los demás hombres; pero no es de la misma condición que el pecado original, sino que en razón de culpa, atañe sólo a su autor y no a sus descendientes³⁴. En este sentido leemos en la Escritura: *el alma que pecare, ésa morirá, el hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo; la justicia del justo será sobre él, como sobre el malvado será su propia iniquidad*³⁵.

De igual forma, ese mérito personal de las buenas obras contribuye al bien de los demás hombres, y en especial —tratándose del cristiano que obra en virtud y en unión con los méritos de Jesucristo— a la santificación de todo el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia; si bien, para la apropiación personal de esos bienes, será siempre necesaria la voluntaria y libre cooperación de cada uno³⁶.

El Señor nos muestra en una de sus parábolas cómo aquel amo pide cuentas a sus criados de la administración de los bienes que les había confiado y cómo, uno a uno, les da el premio o el castigo que cada uno ha merecido³⁷. De igual modo, *cada uno tendrá que dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios, según la conducta buena o mala que haya observado*³⁸⁻³⁹.

El Padre ha predicado siempre la importancia de subrayar *el carácter fundamentalmente personal de la propia santificación, de la lucha ascética, de la unión con Dios, que luego revierte en los demás, pero en donde la conciencia de cada uno no puede ser sustituida*⁴⁰. La santidad no es comunitaria: si alguno dice eso, se equivoca. La santidad es un encuentro personal de cada alma con Dios, y cada alma tiene que poner de su parte cuanto pueda: las obras, el esfuerzo personal.

Me habéis oído decir mil veces, hijos míos, que el alma ha de

(34) Cfr. San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, prop. 52, D. 1052 (1952);

(35) *Ezech.* XVIII, 20;

(36) Cfr. Pío XII, enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943;

(37) Cfr. *Luc.* XIX, 11-28;

(38) Cfr. *II Cor.* V, 10;

(39) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 17;

(40) *Conversaciones con Monseñor Escrivá de*

dirigirse necesariamente a Dios con un diálogo personal, sin escudarse en el anonimato, sin diluir su responsabilidad en la actuación de la masa irresponsable.

Toda la pedagogía divina de nuestra Madre la Iglesia —su doctrina y su liturgia— está encaminada precisamente a facilitar, a hacer posible al cristiano ese diálogo personal de fe, de amor, de adoración, de arrepentimiento, de petición; y aun cuando pone en labios de los fieles unas determinadas oraciones, la Iglesia quiere que cada uno se dirija a Dios personalmente, con corazón de hijo; por eso, cuando les invita a rezar juntos, alrededor del sacerdote, es para que vivan la unidad del Cuerpo Místico, pero sin dejar de tratar confiada y filialmente a Jesucristo ⁴¹.

Dios, que creó al hombre para que viviera y se desarrollara en sociedad, confirmó y perfeccionó el orden comunitario por medio del Verbo encarnado que *quiso participar de la vida social humana, y santificó los vínculos entre los hombres, sobre todo los de la familia, fuente de la vida social* ⁴². Dispuso así que cada uno contribuyera al perfeccionamiento personal y moral de sus hermanos, según su peculiar vocación. De esto todos tendremos que dar cuenta a Dios, *que ha de retribuir a cada uno según sus obras: dando la vida eterna a los que por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad* ⁴³.

(41) Carta *Numquam antehac*, 30-IV-1946, nn. 14 y 15;

(42) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 32;

(43) *Rom.* II, 6-7.